

de se estrelló, poniéndole de perlas. Alzóse un tumulto; se interpusieron; Castro Mera me sacó de allí... y a poco oía un regular sermón de mi madre, trémula de susto y de indignación contra «ese pillete de Rivas, que ya el año pasado engañó a una muchacha, y la plantó, con un chiquillo en el vientre.»

## XIV

¡Divina Peregrina, y como vino al día siguiente la buena de *La Aurora*! Suelos embozados y misteriosos; otros que se clareaban; un largo artículo titulado *Manos ocultas*; unos versos macarrónicos que ocupaban casi toda la tercera plana; el número entero, en fin; consagrado a demostrar esta palmaria verdad: que mi tío Felipe Unceta tenía a sueldo un ejército de espadachines, entre los cuales figuraban, en primera línea, su sobrino y el director de *El Teucresense*; que con este ejército aterrorizaba y cohibía y ahogaba la voz de la prensa imparcial; pero que no le valdría la treta, porque ellos (los de *La Aurora*) estaban determinados a irse al bulto y a no entretenerse con espantapájaros y testaferreros, imponiendo severo correctivo al que se escondía cobardemente detrás de sus mesnadas, pues ya encontrarían modo de llegar hasta su inviolable persona. Mezcladas con estas indirectas del Padre Cobos venían otras no menos ofensivas; salían por centésima vez los solares, con lujo de pormenores aún inéditos, y se hablaba de ciertos incidentes ocurridos en el baile entre un suegro y un yerno, una hijastra y una madrastra, incidentes que habían procurado el donoso espectáculo de una reconciliación de familia, hecha en público por la esposa sin anuencia del esposo.

Con el periódico en el bolsillo salí a pasear mibe-

rrinche. Echando mano de toda la filosofía que tengo de reserva, pensaba para mí sayo: «¿Qué se hace aquí? ¿Sentarles la mano de verdad, o mandarles al cuerno? Delibera, Salustio. Comprendo que te molesten algo ciertas estupideces, que te indigne la mala fe de presentarte como un seide de tu tío, una especie de sicario asalariado para tirar tazas de café hirviendo a la cara de sus adversarios políticos. Pero reflexiona y hazte cargo de una cosa, que te refrescará la sangre, impidiéndote cometer las barbaridades que se te ocurren. El razonamiento a que debes atender para calmarte, no tiene vuelta de hoja. *La Aurora* no se lee fuera de aquí, y aquí todo el mundo sabe cómo las cosas han pasado: luego ni aquí ni fuera puede perjudicarte. A quien perjudicará unas miajas será a tu tío y a su prestigio político. Supongo que dirás que por ahí te las den todas.»

Con estas reflexiones me apliqué. Sin embargo, dediqué la tarde a pasear los sitios más públicos, a fin de que no dijese que me escondía, y puedo asegurar que por ningún punto del horizonte vi rastro de Rivas Moure ni de otras gentes de su calaña. A pesar de que duraba aún la tornafiesta de la peregrina, ellos se habían retirado huyendo del mundanal ruido.

Al recogerme a casa para cenar, encontré a mi madre agitadísima: hasta me esperaba en la escalera para desahogar más pronto.

—¿No sabes?—dijo precipitadamente.—Todo se vuelve líos. Ahora vamos a tener huéspedes en la Ullosa. Yo salgo para allá mañana en el coche de la tarde, y ellos pasado en una carretela que alquilan. ¡Bonito jaleo se me prepara! Y me parece que allá no tengo azúcar, y que se me acabó todo el dulce de pera. No se cómo voy a salir del compromiso. Sólo esto me faltaba: encontrarme con tu tío y su mujer a cuestras...

—¿Cómo?—pregunté no menos alterado que mi madre.—¿Dice usted que mi tío y su mujer se van a

la Ullosa? ¿Pero por qué? ¿Qué novedades son esas? ¿Usted les convidó?

—¿Convidarles? Chiquillo, ¿qué dices? ¿Qué novedades han de ser? Canguelo... cerotipia... o como le llaméis al miedo, para no llamarle por su verdadero nombre. Está Felipe que no le llega la camisa al cuerpo con lo que decía ayer *La Aurora* y con todos los belenes de estos días atrás. A mi modo de ver, recela que los de Dochán se propongan inutilizarle o matarle, para que no les haga sombra. Está con esa aprensión que no ve por dónde pisa.

—¿Pero se lo ha dicho a usted?

—¡Hombre! no; él le echa la culpa a la enfermedad, y dale con que los médicos le mandan respirar aires de campo...; y como al Tejo no quiere ir, porque no le da la gana de hacer las paces con el suegro, mira por cuánto me cae a mí la pejiquera...

—¡Ma má, ¿qué importa?— contesté afanosamente. —Ya les obsequiaremos lo mejor que se pueda. Cierto que no es muy airoso para mi tío largarse ahora. Creerán que está muerto de miedo...

—¡Va se ve!... Y creerán la verdad pura— confirmó mi implacable mamá.

Al día siguiente salió en el coche de línea, dejándome a mí el encargo de acompañar a los tíos en la carretela. Protesté, aunque la comisión me sabía a gloria: pero al advertirme que era encargo expreso de Felipe, dejéme convencer, y a las seis de la mañana me vi encerrado en la estrecha cárcel de un cajón sustentado en cuatro ruedas, frente a la mujer querida, respirando su atmosfera y sintiendo por vez primera, desde el famoso vals del Tejo, un año hacía ya, el contacto de sus finos piecitos y de su cuerpo delicado; contacto que me haría olvidar toda moderación, si el recelo de ofenderla no me sirviese de poderoso freno...

A medida que apretaba el calor y el polvo de la carretera subía en ráfagas turbias, metiéndose por

las ventanillas del carruaje, mi tío acometido de sueño o de modorra, recostó la cabeza en el rincón, y cerró los párpados. El sol, colándose al través de las cortinas de percal, introducía, por donde éstas no ajustaban, una flecha de luz, que bañaba el rostro del hebreo--donde se advertía cierta demacración-- y su cuello, salpicado de placas rojizas. Así adormecido, con los ojos cerrados y algo retraídos hacia el cráneo, la boca apretada y las ventanas de la nariz llenas de transparente sombra, parecía un cadáver, y por vez primera se fijó mi pensamiento en la hipótesis de la muerte natural de aquel hombre, único obstáculo a mi dicha. «Está enfermo en realidad: se me figura que lo que tiene es serio. Ha cambiado mucho, ahora lo noto. Su tipo era sanguíneo y fuerte, mientras que en la actualidad...» Y después de volver a mirarle yo discurría: «No lo puedo sentir. Si se muere, digo que la acierta, dejando a su mujer en libertad y a mí a la puerta del cielo.»

No sé si Carmen interpretó la expresión de mi rostro: lo cierto es que me miró de un modo raro e indefinible, llevando los ojos de su marido a mí, y de mí a su marido. La conversación se arrastraba: apenas trocábamos contadas frases, adormilados y enervados por el calor y el polvo, mecidos por el carranqueo del coche, que casi no movían los jacos rendidos de otros viajes y agobiados de tábanos y moscas. Abanicábase mi tití, y la brisa que levantaba su abanico enfriaba el sudor en mis sienes, causándome una sensación deliciosa...

Llegamos a mis dominios a las tres, exhaustos de fatiga, como si hubiésemos hecho a pie la jornada. Mi madre nos esperaba ya y tenía preparados refrescos, leche, fruta. La tarde la pasamos gratamente fuera de casa, Carmiña de bata de percal y sombrerón de paja tosca, divirtiéndose mucho con el gallinero y los establos,--pues en mi humilde casita patrimonial no existían jardines, aunque pegados a

la tapia crecían rosales, celindas y geranios, flores vulgares con que armé un ramillete para obsequiar a la titi.—El reposo después de la molestia del viaje; la serenidad de la naturaleza, que siempre se comunica al espíritu; la libertad y amenidad del campo, prestaban a Carmen un poco de animación, algo de carmín en las mejillas, y libertad de movimientos, infundida por la certeza de que nadie la atisbaba. Mi tío, quejándose de dolor en los huesos, se había tumbado en un sofá, y Carmen, mi madre y yo quedamos dueños de la huerta.

Aquella tarde, y también al otro día (el lugar, la ocasión y mis años explican, si no disculpan, el fenómeno), rompióse algún tanto la valla del respeto interior que ofrecía a Carmen en holocausto; hizo la sangre su oficio, y noté con terror que si antes me dominaba al tenerla próxima o encontrarme a solas con ella, ya el amor dantesco se revelaba vivo y humano, arraigado en las entrañas. Sentíame capaz de incurrir en desmanes, no sólo indelicados sino odiosos, que me enajenasen para siempre una voluntad secretamente mía, y me abochornasen después. Me temía a mí mismo, como temen los propensos al suicidio acercarse a la boca de un abismo o sacar el cuerpo fuera por la barandilla de una torre. Me proponía vencerme en absoluto; pero no estaba seguro de conseguirlo, a menos que me ayudasen las circunstancias.

¡De qué horrible manera me ayudaron!

Al tercer día de nuestra estancia en la Ullosa, mi madre y mi tío salieron juntos con objeto de ver algunos sembrados y majuelos, orgullo de la cultivadora. Ambos iban de sombrero de paja y sombrillas de crudillo, forradas de verde. Yo me quedé leyendo y soñando, encendida la sangre con la idea de que Carmiña estaba a pocos pasos de mí, en la soledad de aquella casa, donde sólo se oía el pesado zumbido de las moscas, y alguna que otra vez, a lo lejos, la orgu-

llosa y retadora voz del gallo en el corral. El sol, el silencio, el misterio de las ventanas entornadas para procurar un poco de frescura, eran incentivos de mi imaginación, gotas de lava derramadas por mis venas. ¡Tenerla allí, tan cerca, y no cerciorarme de que positivamente me quería! Y el caso es que se me figuraba que si ella viniese y me diese de palabra, sólo con una palabrita, el bálsamo consolador de la esperanza y de la promesa, aquel encendimiento y aquella inquietud dolorosa se desvanecerían en un soplo.

¿Dónde estaría? Encerrada en su cuarto de fijo, por no encontrarse conmigo a solas. En esto pensaba, cuando, prestando atención, oí su voz en el establo, a mis pies. Los establos, en la Ullosa, forman la planta baja, y encima dormimos los racionales, por lo cual mi madre sostiene que no existe en el mundo mansión que reúna tales condiciones de salubridad. Atendí a la voz, que pronunciaba cariñosos adjetivos en dialecto, palabras tiernas: no tardé en comprender que iban dirigidas al recental, cría de la vaca. La madre había salido sin duda a pastar al monte, y el ternero sólo en la cuadra, mugía saudosamente, a pesar de decirle mi tía tantas cosas dulces, y de ofrecerle pan. Dudé al pronto, pero por fin descendí al establo, y entre la media obscuridad que en semejantes sitios reina, divisé a Carmiña con su bata de percal, remangada de brazos y presentando al becerro un puñado de hierba tierna y húmeda. El gracioso animal sacaba su hocico tibio y sedoso, pasándole a mi tía por las manos la áspera lengua, mojándole de baba clara y pura como la de un niño. Sus ojos nos miraban cándidos y asombrados; sus doradas orejillas cortas se empinaban sobre su infantil testuz. Era imposible no deleitarse con tan gentil y precioso bicho, y la titi me lo dijo en cuanto me acerqué.

—¡Cosa más mona!... Tráele hierba, verás cómo se la zampa... Te digo que es una judiada dejarlo solito. ¡Pobriño... anda, come, bobo, come!

Lo sombrío del establo no me permitía ver bien a mi interlocutora, y me alentaba a pronunciar palabras atrevidas. Seguramente iba a deslizarme, cuando entró, sudoroso y limpiándose la frente con la manga, un gañán, el mozo de labranza de mi madre, que nos presentó, muy envueltas en un pañuelo de algodón para que no se manchasen los sobres, diez o doce cartas y unos cuantos periódicos. Salí a la luz, miré los sobres uno por uno, y como todos venían dirigidos a mi tío, se los entregué a Carmiña. Los periódicos iba a guardármelos; pero viendo entre ellos dos números de *La Aurora*, les quité la faja en un santiamén y busqué en el texto algo que se refiriese a nuestras recientes tragedias, recelando encontrar alusiones a la precipitada marcha, que bien podía parecer cobarde fuga, y en efecto lo era, por parte de mi tío al menos. Lo primero con que tropezaron mis ojos fue un artículo titulado: «Retirada vergonzosa.» En él ponían a mi tío de vuelta y media por haber tomado las de Villadiego. Y en el número siguiente, otro artículo, cuyo encabezado y contexto me parecieron harto más graves. Rezaba el epígrafe: «Los hijos de Israel, o un trozo de historia retrospectiva»; y allí exhibido con lujo de erudición robada sin duda a la cobarde complacencia de D. Wenceslao Viñal—se hacía la descripción física de mi tío, relacionándola con su origen judaico; se hablaba de los judaizantes castigados por la Inquisición, sobre todo del azotado Juan Manuel Cardoso Muñío; se daba vaya a los «aristócratas» que mezclaban su sangre con una sangre tan impura, y se establecía cierto paralelo entre la procedencia y las mañas de don Felipe, el cual, no pudiendo prestar a usura como sus abuelos, se dedicaba a chupar la sangre de la provincia. El artículo, aunque lleno de procacidad e insolencia, revelaba maña para eludir la denuncia ante los Tribunales, sin dejar por eso de mortificar, herir y levantar roncha. No sé por qué, al arrugarlo con involuntaria ira, me

atravesó la mente este pensamiento: «¿Sabrá ella que está casada con un judío?» Creo que me sugirió tan mala idea la familiar palabra *judiada*, empleada por la titi para calificar el hecho de separar al ternerillo de su madre. Ni siquiera reflexioné que si mi tío era hebreo, me alcanzaba a mí la mancha de familia: y tendiendo a la titi el periódico, la dije: «Carmiña, lee. Mira a dónde llegan los rencores políticos.»

Se asomó también a la puerta del establo, y leyó. La observé entre tanto. Sin duda la lectura confirmaba presentimientos antiguos, repugnancias indefinibles hasta entonces, estremecimientos del alma que no podían justificarse por ninguna razón positiva. La aversión quedaba explicada ya. Aquella *cara de judío* no la dibujaba la imaginación antojadiza; su marido parecía un sayón... porque lo era; y el horror instintivo acertaba más que los razonamientos.

Devolvíome el periódico sin pronunciar palabra, y subiéndome la escalera, se encerró en su cuarto con llave.

Mamá y mi tío regresaron pronto. Comimos y hasta dormimos un rato de siesta, pues en el vallecito de la Ullosa, encerrado entre colinas, el calor, en las horas meridianas, era intolerable. A eso de las cuatro vino mi tío a llamar a mi puerta, y entró en el cuarto, diciéndome:

—Salustio... ¿Conoces tú por aquí cerca algún médico formal y que sepa su obligación?

—¿Aquí cerca?—respondí.—El de Cebre no es malo; es un hombre estudioso y que se toma interés por los enfermos... Una vez asistió a mamá en unas anginas. Pero... ¿qué sucede? ¿Está indispuesta... mi tía?

—No... ¿Qué distancia hay hasta Cebre?

—Hay tres leguas que andar, lo menos. No importa; enviaremos al criado.

—¡Bah!—respondió.—No merece la pena. Iré a Pontevedra... es preferible. Lo que tengo no vale nada probablemente. Por la mañana tomamos una

ración de sol más que regular; yo traía ya la sangre quemada con los belenes de estos días... y creo que se me ha arrebatado la erisipela un poco. Se me han formado ampollitas... ¿ves?—añadió reman-gándose el puño de la camisa y enseñando su brazo velludo.—Luego reventarán... El *soleado* es dañó-sísimo para esto de los humores.

Sin duda a causa de la antipatía que me inspiraba el paciente, se me figuró muy repugnante el aspecto de las ampollas, y me costó algún esfuerzo fijar en ellas los ojos. Ofrecíme a ir en persona a Cebre y traer al médico si hacía falta. «No--contestó mi tío.--Voy yo a Pontevedra, ida por vuelta, a consultar a Saúco, que está allí, según he visto en los periódicos. Pero se me figura que no hay necesidad. Con un poco de agua de vejeto... Hice una imprudencia en expo-nerme al sol de justicia de esta mañana. Tu madre se moría si no me enseñaba la viña nueva. Además está uno desazonado, porque aquella gente... En fin, cuestión de refrescos. Irritación y nada más.»

No se volvió a hablar aquel día del padecimiento. Ni yo pensaba en él, dedicándome a estudiar en el rostro de Carmiña los efectos de la revelación contenida en el artículo de *La Aurora*. ¡Ah! Se veían tan patentes como si los hubiese escrito un dedo de fue-go en su fisonomía. El esfuerzo para *querer* a su ma-rido era inútil; el desvío instintivo se sobreponía ya, la naturaleza recobraba sus derechos, y al contacto del deícida estremecíase profundamente la cristiana...

A la mañana siguiente se me pegaron a mí las sá-banas. Me habían desvelado toda la noche missugestiones de pasión y de odio, mis livianos pensamientos y la desazón de girar en aquella especie de círculo vicioso o devaneo estéril en que consumía mis mejo-res años, la savia de mi cerebro, y las fuerzas de mi alma. Mientras corrían las horas nocturnas, yo cavi-laba si no sería mejor hacer de una vez algo, malo o bueno, disparatado o razonable, pero decisivo; algo

que pusiese fin a la situación ambigua y casi tonta de enamorado platónico; algo, en suma, que me desen-tumeciese y resolviese el problema, aunque fuese echándolo todo a rodar. Fluctuando así pasé, lo repi-to, de claro en claro la calurosa noche veraniega, y sólo al amanecer concilié un sueño letárgico; de modo que a cosa de las diez aún no me había rebullido. Desperté sobresaltado al oír que entraba en mi dor-mitorio una persona que abrió de golpe las made-ras, arrojando sobre mis ojos y mi cara un torrente de luz solar y exclamando en el tono con que gri-taría «¡Fuego!»

—¡Salustio, Salustio!

Abrí los párpados, aturdido todavía. Era mamá. Aunque embargado por el sueño, presentí o adivi-né que algo grave ocasionaba su entrada en mi cuarto a deshora. Me froté los ojos, me estiré, moví la cabeza y ví que el rostro de mamá expresaba un sentimiento mixto: sorpresa, miedo, espanto y cier-ta satisfacción misteriosa... Se inclinó sobre mi cama y soltó estas palabras:

—¿Sabes qué ocurre? Salustio... ¿sabes?

—¿Qué? No... ¿cómo he de saber? Carmiña...

—¡Carmiña! Sí, ¡buena Carmiña te dé Dios! Tu tío...

—¿Ha reñido con ella?... ¿La?...

—Tu tío--dijo enérgica y rápidamente--ha pasado la noche con calentura y dolores; cree que tiene un ataque de erisipela, una inflamación de la sangre...

—Bien, ¿y?...

—¡Y lo que tiene es el mal de San Lázaro!...—ar-ticuló mi madre, con los ojos dilatados de horror.